

«NUNCA HEMOS VISTO UNA COSA IGUAL» (Mc 2,12)

INTRODUCCIÓN - I

«Qué grande ha de ser este yo humano, amigo mío» (Ch. Péguy)

por Pierluigi Banna*

«¡Nunca hemos visto nada igual!». Cómo deseamos poder decir esto al final de estos días. Pero tenemos un deseo todavía mayor: que ya mañana, cuando nos miremos al espejo, como dentro de 50 años al mirar toda nuestra vida, podamos decir: «¡Nunca hemos visto nada igual!». Una vida única, especial, grande.

El mismo deseo tenía María, una chica de vuestra edad. Desde que recibió el anuncio del ángel, cuando dijo: «Hágase en mí según tu palabra» (cf. Lc 1,38), no hubo día en que no se repitiera: «¡Nunca he visto nada igual!». Nosotros tenemos el mismo deseo en estos días. Basta con que pidamos tener la disponibilidad sencilla de aquella chica y Dios hará lo demás en nuestra vida, porque «para Él nada hay imposible» (cf. Lc 1,37).

Recemos el *Ángelus*. Lo tenéis en la página 76 de [cuadernillo que habéis recibido](#).

Ángelus

«INCLUSO MI AMIGO, DE QUIEN YO ME FIABA, ES EL PRIMERO EN TRAICIONARME» (Sal 41,10)

¡Bienvenidos seáis todos! Sed realmente bienvenidos, y no lo digo de modo formal. Bienvenidos, porque os esperábamos aquí, en un lugar en el que por fin podemos dejar de sentirnos esclavos del juicio de los demás, de esos que se hacen llamar “amigos” y que no lo son de verdad, en un lugar en el que no tenemos que estar a merced de los resultados de las notas o de las pretensiones de los adultos. Aquí podemos ser libres por fin de estas esclavitudes que nos dejan cada vez más inseguros y solos, porque aquí somos acogidos por lo que somos.

Pero, ¿estamos seguros de que lo conseguiremos? ¿Estamos seguros de verdad de que al final la vida no es una tomadura de pelo? ¿Estáis seguros de que no me estoy burlando de vosotros? Como escribe de forma dramática una amiga aquí presente: «¿Cómo es posible poner la otra mejilla a un padre que está ausente de tu vida? ¿Cómo puedo vivir de ese amor que he visto, pero que continuamente se ve sepultado por el odio y por la inseguridad?». »

* Introducción al Triduo Pascual de Gioventù Studentesca, Rímìni, 13 de abril de 2017.

** El cuadernillo «¡Nunca hemos visto nada igual!» contiene los pasajes citados a lo largo del Triduo Pascual y se puede [descargar en formato PDF](#).

» La pregunta de nuestra amiga es dramática y radical, como muchas de las que nos habéis hecho llegar antes de este Triduo. La cuestión es esta: ¿estamos realmente seguros hasta el fondo de que la vida nos espera, como canta la Mannoia («Che sia benedetta»), cuando vemos que nuestros padres nos abandonan para construir su futuro, cuando vemos adultos cada vez más cínicos y con pocas esperanzas sobre nuestros deseos, o bien amigos y amores que prometen mucho, muchísimo, pero que de repente nos hacen hundirnos bajo tierra, primero arriba y luego abajo, sobre una montaña rusa de emociones? ¿Estamos realmente seguros de que no nos tomamos el pelo cuando decimos que nuestra vida es especial, que podemos decir de nuestra vida: «¡Nunca hemos visto nada igual!»? ¿O quizá no es más verdad, como escribió uno de vosotros –me ha producido una ternura impresionante leerlo–, que nuestra vida es como una rueda de recambio que alguna vez podrá ser utilizada por alguien, aprovechada por alguien y luego abandonada?

Esto es, como dice don Giussani en la página 4 del cuadernillo, «lo que caracteriza al hombre de hoy: la duda acerca de la existencia, el miedo a la existencia, la fragilidad de la vida, la inconsistencia de uno mismo, el terror a lo imposible; el horror ante la desproporción entre uno mismo y el ideal» («Corresponsabilità», *Litterae communionis-CL*, n. 11/1991).

Debido a esta esclavitud con respecto a la opinión de los demás (amigos, padres, profesores), a una mala nota, a una verificación, al mensaje inesperado de un amigo, como dice una amiga (en una poesía suya, que encontréis en la página 6), «somos frágiles / estamos a merced de eventos incontrolables». ¡No somos libres con respecto al juicio de los demás! Es más, quizá lo que caracteriza nuestro tiempo es justamente esta falta de ternura hacia nosotros mismos, tensados hacia un lado y hacia otro por las pretensiones de todos, por las expectativas de todos, con la preocupación de no desilusionar a nadie. Pero al final, ¿nos queremos todavía un poco?

Parece que quien tiene que pagar las consecuencias de todas estas pretensiones es nuestro pobre yo. Lo describe Gaber de forma irónica, simpática, pero también trágica, en la canción que encontráis en la página 5 (*L'odore*). Cree que ha realizado su sueño, va con su chica a la orilla de un lago; se produce una escena romántica, que quizá esperaba desde hacía mucho tiempo. Pero, en un momento dado, siente una peste terrible: será el sitio. Entonces se arma de valor, rompe el momento romántico y se va a otra zona. Se necesita un poco de tiempo para volver a crear la atmósfera con la chica. ¡Pero otra vez esa peste! ¡Es ella la que apesta! Entonces trata de hacer como si nada, la besa para taponarle la nariz. Pero no hay nada que hacer, y entonces tiene que renunciar a ese sueño. Vuelve a casa resignado, cierra la puerta tras de sí y suspira aliviado. Pero todavía percibe la peste. ¡La tiene encima! ¡Es él quien apesta! Y no consigue quitarse la peste de encima. Esto es lo más terrible de nuestro tiempo: pensar que somos nosotros los que estamos equivocados, no que los demás pretenden demasiado de nosotros y no nos entienden, sino que somos nosotros los que somos inadecuados, sin experimentar un mínimo de ternura por nosotros mismos. En la página 5 del cuadernillo, don Giussani dice: si nos pisan el pie en el autobús, estaríamos dispuestos a gritar enseguida, a echar la bronca a esa persona, pero si nos dicen que no vamos bien, que no estamos bien vestidos, que hemos dicho algo equivocado, nos sentimos morir por dentro.

Pensar que nuestra humanidad está irremediablemente equivocada, que es siempre inadecuada, que nunca está a la altura de las pretensiones de los demás es la mayor inhumanidad de nuestro tiempo: «Hacer desaparecer el yo» (*In cammino. 1992-1998*), como dice don Giussani (página 5). Cuando te dicen que estás equivocado, ¡haces de todo menos gritar! Nos vemos como en esas pesadillas en las que el miedo nos asalta y queríamos gritar, pero nos falta el aliento y no nos sale la voz. Es la mayor traición que se nos podría hacer. De hecho, esta es la mayor inhumanidad de nuestro tiempo: no tanto el no ser capaces, sino el hecho de estar delante de alguien que nos dice: «No eres capaz».

»

» Entonces, como escribe uno de vosotros, nos surge la tentación de renunciar a deseos demasiado grandes, de renunciar a buscar el «nunca hemos visto nada igual», porque hacerse preguntas demasiado grandes, tener deseos demasiado grandes al final nos desilusiona y solo nos hace sufrir. Y entonces nos dejamos devorar por la apatía de la vida cotidiana.

Esta gran inseguridad, este gran miedo de ser simplemente nosotros mismos, procede del hecho de que advertimos, como escribe Etty Hillesum en la página 5, que nadie «te estará agradecido por esta lucha o, por decirlo mejor, ¿a quién le importará?» (*Diario*). De hecho, que la vida sea una tomadura de pelo puede ser incluso una cosa teórica, como decía una querida amiga mía de Roma, porque todavía podemos hablar de ello; pero cuando te das cuenta de que no solo tu padre, no solo tu profesor –al que podemos dejar a un lado–, no solo tu novia –porque se puede encontrar otra–, sino incluso el amigo en el que confiabas te traiciona, es decir, piensa que estás equivocado, que todo tu yo, tal como es, es incómodo para él (y entonces es mejor no decir ciertas cosas, no tocar ciertos temas, no pronunciar ni siquiera ciertas frases), entonces se experimenta el mayor dolor que un hombre puede experimentar: la traición de un amigo.

Pensad que esta tarde recordamos el momento en el que Jesús se dio cuenta de que uno de los doce a los que había amado más en el mundo, Judas, uno de aquellos a los que había dado todo, está a punto de traicionarle. Para Judas la presencia de Jesús ya no era fascinante, amable, sino que se había vuelto incómoda. Jesús se da cuenta de que para ese amigo es mejor que Él muera.

Escuchemos el relato del momento en que Jesús se da cuenta de la traición de Judas, tal como describen las palabras del evangelista Juan. Pensemos en cada vez que también nosotros nos hemos sentido traicionados, nos hemos descubierto sin rostro, porque ya no tenemos amigos, en todas las veces en las que hemos sentido que desaparece nuestro yo, en las que no hemos tenido un mínimo de ternura por nosotros mismos porque nos sentíamos traicionados.

«Diciendo esto, Jesús se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: “En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar”. Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, al que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: “Señor, ¿quién es?”. Le contestó Jesús: “Aquel a quien yo le dé ese trozo de pan untado”. Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariotes. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”» (Jn 13,21-27).

Cuando nos sentimos traicionados por un amigo sentimos un abismo que se abre dentro de nosotros y nos descubrimos sin rostro. Escuchemos el canto que encontraréis en la página 6.

Il mio volto